



III CONGRESO INTERNACIONAL DE CATEQUESIS

*El Catequista, Testigo de la Vida nueva en Cristo
Vaticano, 8-10 septiembre de 2022*

LLAMADOS A LA LIBERTAD

*III Congreso Internacional de Catequesis
EL CATEQUISTA, TESTIGO DE LA VIDA NUEVA EN CRISTO
Vaticano, 8-10 septiembre de 2022*

“LLAMADOS A LA LIBERTAD” (GAL 5, 13): KERYGMA Y VIDA NUEVA

ANTONIO PITTA
8 de septiembre de 2022

¹³ Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros. ¹⁴ Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¹⁵ Pero si os mordéis y os devoráis mutuamente, ¡mirad no vayáis mutuamente a destruirlos! ¹⁶ Por mi parte os digo: Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. ¹⁷ Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais. ¹⁸ Pero, si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley. ¹⁹ Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, ²⁰ idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, ²¹ envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. ²² En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, ²³ mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley (Gal 5, 13-23).

“La catequesis de la «vida nueva» en Él (Rm 6,4) será: una catequesis del Espíritu Santo, maestro interior de la vida según Cristo, dulce huésped del alma que inspira, conduce, rectifica y fortalece esta vida” (CEC núm. 1697). Así, el *Catecismo de la Iglesia Católica* introduce la tercera parte dedicada a la “La Vida en Cristo”. La Carta a los Gálatas es la carta magna o el manifiesto de la libertad porque transmite al menos tres aportes de gran actualidad: es la primera nueva evangelización, provocada por la apostasía en acto de los gálatas al Evangelio de Pablo; da prioridad al Espíritu Santo; y considera la libertad como contenido de la redención realizada por/en Cristo. Con respecto a la catequesis, conviene añadir una ulterior aportación de la carta. Por primera vez en los escritos del Nuevo Testamento se afirma que “el catequeta comparta la palabra con el catecúmeno en toda clase de bienes” (Gal 6, 6). Incluso si todavía no se refiere explícitamente al

ministerio del catequista, la declaración lo contiene *in nuce* (en germen, sintéticamente). El verbo elegido para el catequeta y el catecúmeno es *katēcheō*: el mismo verbo del que derivan “catequesis”, “catecismo” y “catequizar”. El del catequista es un ministerio arquetípico que relaciona al catequeta y al catecúmeno en torno a la "palabra" para que se logre un compartir sin reservas. Es realmente un “antiquum ministerium”, como lo denomina el Papa Francisco en la carta de 2021.

¿En qué modo sigue siendo kerigmática la catequesis de la vida nueva en Cristo? ¿Cuáles son las pruebas que acreditan como nueva la vida en el Espíritu? En última instancia, ¿sigue siendo posible una vida nueva después de dos mil años de cristianismo? Abordaremos las cuestiones centrando la atención en la esencia del Evangelio, en el primado del Espíritu y en las peculiaridades de la libertad en la carta a los Gálatas.

La esencia del Evangelio

Hoy más que nunca nos vemos obligados a repensar “la esencia del cristianismo”, evocando las aportaciones clásicas de Ludwig Feuerbach y Adolf Harnack. De frente a la exigencia de los gentiles de Galacia, de querer someterse a la Ley y a la circuncisión para mejorar su relación con Cristo, Pablo aborda la cuestión por primera vez en la carta a los Gálatas. Atraídos por los adversarios de Pablo, los gálatas están a punto de abandonar su predicación y pasar a un evangelio que corre el riesgo de anular la gracia en Cristo (Gal 1, 6-10). En tres momentos clave de la carta, Pablo se propone frenar esta deriva de la fe en Cristo: tienen en común lo que he llamado en otro lugar “el criterio de la diferencia” (y no de la indiferencia).

La carta alcanza un primer clímax con la lapidaria afirmación de Gal 3,28: “No hay judío, ni griego, no hay esclavo, ni libre, no hay hombre ni mujer; de hecho, todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. El ser uno en Cristo niega absolutamente, y no simplemente abroga lo que antes era las diferencias raciales, civiles o sociales e incluso sexuales. Tales diferencias son útiles en otros niveles, pero no para el de la fe en Cristo. Lo sorprendente de este axioma es que contrasta tanto con el ambiente judío como con el ambiente grecorromano de la época para los cuales estas diferencias eran sustanciales. Diógenes Laercio atribuye a Tales o Sócrates la frase por la que “hay tres cosas por las que agradecer a la Fortuna: la primera, que nací hombre y no bestia, por lo tanto, varón y no mujer, y la tercera griego y no bárbaro” (*Vite dei filosofi* 1,34). De manera análoga, a Rab Judah se le atribuye la bendición de *Berakot* 6,23 en la *Tosefta*: “Tres bendiciones debes

invocar todos los días: Seas bendito porque no me hiciste gentil, seas bendito porque no me hiciste mujer, seas bendito porque no me hiciste esclavo”. Al contrario, para Pablo, el ser uno en Cristo es lo más importante; es el primer aporte que debe distinguir al cristianismo de las otras religiones antiguas y modernas. No cuenta la etnia, el estado social y civil ni incluso la diferencia sexual, sino ser uno en Cristo por la fe en él.

El criterio de la diferencia vuelve a propósito de la circuncisión y la incircuncisión: “En efecto, en Cristo Jesús, no es la circuncisión o la incircuncisión lo que cuenta, sino la fe que obra en el amor” (Gal 5, 6). En la época de Pablo, la circuncisión se consideraba una marca de identidad que separaba al judaísmo de otras religiones. Por ejemplo, los que no estaban circuncidados no podían entrar en el templo de Jerusalén y mucho menos las mujeres. Por otro lado, Jesús y Pablo fueron circuncidados al octavo día de su nacimiento y permanecieron judíos. Sin embargo, la fe capaz de hacerse obra en el amor (y no en la caridad) es la que crea la diferencia frente a cualquier otro *identity marker* religioso y social. A menudo se elige la carta a los Gálatas para apoyar el principio de la *sola fide*, que permanece innegable. Sin embargo, el pasaje de Gal 5, 6 especifica un dato de enorme importancia sobre la fe: no es la diferencia étnica entre judíos y griegos lo que cuenta, sino la fe que obra en el amor.

La carta finaliza con una estupenda frase de resumen o epifonema que Pablo entrega a los destinatarios presentes y futuros para que quede indeleble en la memoria colectiva: “De hecho, la circuncisión no es nada, ni la incircuncisión, sino la nueva creatura” (Gal 6,15). Ahora lo que más importa y hace la diferencia no es ser judío o griego, sino la nueva creatura generada por el ser en Cristo. Cuando se es alcanzado por el amor de Cristo (2 Cor 5,14), se es nueva creatura en Él: “Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo” (2Cor 5,17). La novedad esencial del Evangelio es la creatura nueva que derriba el muro de separación que dividía a judíos y gentiles (Ef 2,14).

Por tanto, la esencia del cristianismo se decide sobre tres axiomas: el ser uno en Cristo, más allá de las diferencias, la fe que opera en el amor y la creatura nueva. Al catequista se le confía la responsabilidad de repensar continuamente la nueva evangelización compartiendo esta “palabra” con el catecúmeno, en el sentido más original de los términos. La nueva evangelización y la catequesis son distintas, pero no separadas, como podría parecer a primera vista. Bien afirma *Evangelii gaudium*: “También en la catequesis tiene un papel fundamental el primer anuncio o *«kerygma»*, que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de

renovación eclesial” (EG 164). Con la Carta a los Gálatas, Pablo se ve obligado a evangelizar de nuevo a los que ya han sido evangelizados, pero están a punto de abandonar su evangelio.

El primado del Espíritu

Hans Dieter Betz, uno de los principales comentaristas, argumenta con razón que la Carta a los Gálatas es, en definitiva, una apología del Espíritu: una apasionada defensa del Espíritu contra aquellos que quieren ponerlo al mismo nivel que las obras del Ley. El primado del Espíritu es recordado en tres momentos importantes de la carta.

La sección dedicada a la filiación abrahámica y divina (Gal 3, 1-4,7) culmina con el grito del Espíritu: “Que sois hijos es (la prueba) que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba, Padre” (Gal 4, 6). Es raro encontrar una afirmación más densa y abreviada que esta en el Nuevo Testamento. Al envío del Hijo, nacido de mujer y bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la filiación divina (Gal 4, 4-5), se añade el envío del Espíritu del Hijo. El Espíritu continuamente hace presente el don de la filiación divina. La secuencia sobre el envío del Espíritu es decisiva: no se es primero hijo de Dios y luego se recibe el Espíritu, sino que la filiación divina en Cristo brota del don inestimable del Espíritu. En este primado es impactante el grito del Espíritu en el corazón de los creyentes: "Abba, Padre". Las mismas palabras de Jesús en el momento más dramático de la vida terrena (Mc 14,36) son comunicadas a los creyentes a través de su Espíritu. “Abba, Padre” no es solo dicho del niño hacia el “papá”, sino también del adulto hacia el “padre”. Es temeraria la pericóresis o el intercambio producido por las dos veces en las que Pablo se refiere a “Abba, Padre” en sus cartas. Mientras que en Gal 4,6 el Espíritu clama en el corazón de los creyentes “Abba, Padre”, en Rom 8,15 son los creyentes los que claman en el Espíritu “Abba, Padre”. La diferencia y la tensión entre el creyente y el no creyente consiste en este intercambio. Mientras que el Espíritu se da a todos como anticipo (2 Cor 5, 5: “Y el que nos ha destinado a eso es Dios, el cual nos ha dado en arras el Espíritu”), los creyentes en Cristo gritan "Abba" en el Espíritu. Estar “en el Espíritu” no es otra cosa que estar “en Cristo” para formar su cuerpo que es la Iglesia. El Espíritu clama en el creyente y en el no creyente, aunque éste último no conozca la voz, de dónde viene y a dónde va. A su vez, el creyente clama en el Espíritu y, poco a poco, reconoce su voz y su nombre: ¡es el Espíritu del Hijo!

Sin embargo, el fruto del Espíritu (Gal 5,22) entra en conflicto con “las obras de la carne” (Gal 5,19). La vida cristiana es una lucha constante entre “la carne que desea contra el Espíritu y el

Espíritu contra la carne” (Gal 5,16). La lista de vicios y virtudes ejemplifica este conflicto que se produce no fuera, sino en la persona humana e involucra sus relaciones, “para que no hagáis las cosas que querríais” (Gal 5,16b). La página de Gal 5.13-6.10 describe la batalla entre las obras de la carne y el fruto del Espíritu. A primera vista parece un conflicto que prevé la derrota del fruto del Espíritu: de hecho, se señalan quince vicios contra nueve virtudes. Sin embargo, mientras las obras de la carne parecen caóticas y desordenadas, como una horda bárbara, el fruto del Espíritu es como una falange macedonia. Los vicios se describen de forma desordenada, con énfasis en los vicios sociales y eclesiales, mientras que las virtudes proceden de tres en tres con el amor a la cabeza y el dominio propio al final.

A menudo es difícil establecer los criterios para reconocer el pecado, especialmente en la catequesis. Lo que para unos es pecado para otros no lo es y las normas no bastan porque están sujetas a constantes mutaciones. En realidad, el pecado se reconoce por los efectos que produce: la división personal y relacional es el efecto devastador del pecado. Por el contrario, el fruto del Espíritu es unitario y ordenado como un racimo de uvas. Quien tiene un solo fruto, tiene todos los demás; y el que carece de una virtud carece de las otras. Por eso se trata de un solo fruto y no de más frutos del Espíritu. La mención del amor como primer fruto del Espíritu es intencional. El Espíritu que es el amor de Dios en Cristo, derramado en el corazón de los creyentes, genera el amor como primer fruto.

A pesar de la inferioridad numérica, la victoria del Espíritu y de su fruto contra las obras de la carne está asegurada por la pertenencia a Cristo. Ya que los que son de Cristo crucificaron la carne con las pasiones y los deseos (Gal 5,14), “si vivimos (a) según el Espíritu (b), según el Espíritu (b') caminamos (a)”. Como es habitual, la disposición quiástica de la afirmación pone el acento en el Espíritu (b-b') del que deriva el “vivir”, y por tanto el kerygma y el “caminar” o ética. Con el debido respeto por aquellos que restringen la acción del Espíritu al camino inicial de la fe, esta relación demuestra cómo la primera y la nueva evangelización son interdependientes. Sin negar las diferencias, el Espíritu se encuentra en la primera fase de la evangelización y también cuando sub entra la nueva evangelización.

La libertad como servicio

La carta a los Gálatas fascina, entre otras cosas, por el horizonte kerigmático, que antes que ético es de la libertad. Esta peculiaridad aparece ya en la lapidaria afirmación de 2Cor 3,17: “El Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, la libertad”. Con Gálatas, la libertad se

convierte, directa e indirectamente, en el hilo conductor. Desde la introducción, Pablo destaca que Jesucristo “se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este mundo perverso, según la voluntad de nuestro Dios y Padre,” (Gal 1, 4). ¿Cómo la libertad del creyente es constitutiva del kerygma?

En primer lugar, la afirmación de Gal 1, 4 se retoma en Gal 5, 1 con un énfasis relevante: “Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud”. En el original griego, la expresión es aún más incisiva porque Pablo usa una figura etimológica para remarcar que Cristo verdaderamente nos liberó: “*Tē eleuthería hēmas Christòs ēleuthērōsen*”. En escena está el crucifijo (Gál 3, 1) que con su muerte y resurrección liberó a los creyentes del pecado, de la muerte, de la Ley e incluso del tiempo presente. La libertad del creyente no es una conquista suya, ni su derecho, sino que es un acontecimiento realizado por Cristo con el don total de sí mismo por todos. Cuando se aplica a Pablo, se extiende a todos los creyentes; en primera persona del plural podemos decir que “no vivimos nosotros, sino que es Cristo quien vive en nosotros; la vida que vivimos al presente en la carne, la vivimos en la fe del Hijo de Dios que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros” (Gal 2,20). Tan paradójico es este intercambio que lleva a Pablo a argumentar que “el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron” (2 Cor 5,14). En tal altruismo radical, Jesucristo no murió en lugar de... o en vez de... alguien, sino por todos. Dios no necesita la muerte del Hijo para librarnos del pecado, pero nosotros no podemos prescindir del amor de Dios en Cristo para vivir como hombres y mujeres verdaderamente libres.

Tal concepción de la libertad le llevó a la acusación de libertinaje, especialmente frente a la ley. Por otra parte, fue la principal acusación contra Pablo (cf. Rm 3, 8), que lo llevó al martirio. Sin embargo, nunca sostuvo la derogación de la Ley. Cuando se ve obligado a enfrentarse a la pregunta directa “¿acaso abrogamos la Ley?”, responde con un perentorio: “Al contrario, confirmamos la Ley” (Rm 3,31). La Ley Mosaica no puede obrar contra la libertad porque ambas son dones de Dios. Más bien “toda la Ley se cumple en una sola palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18 en Gal 3,14).

La libertad es el centro de la vocación de los creyentes: se está llamado para la libertad (Gal 5,13). La libertad es el bien precioso que nace de la filiación divina recibida del Espíritu: “Porque la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte” (Rm 8, 2). Sin embargo, la auténtica libertad se encarna en la esclavitud a través del amor. El espléndido oxímoron de Gal 5,13 es paradójico porque la libertad y la esclavitud se sostienen y caen juntas.

Pablo exhorta a los destinatarios no solo a “servirse unos a otros”, como ocurre con la mayoría de las traducciones modernas, sino “sean esclavos unos de otros”.

Entre los estudiosos se sabe que Pablo hablaba un griego influenciado por el griego del Antiguo Testamento, la versión de los LXX. El término *eleutheria* (libertad) es una excepción porque es casi inexistente en la Biblia griega. El término está tomado del entorno social y civil de las primeras comunidades cristianas donde la libertad era válida solo para los nobles y para aquellos que tenían derecho a la ciudadanía. Los esclavos y los libertos nunca fueron completamente libres, incluso cuando recibían la manumisión de la esclavitud. Cuando Pablo escribió sus cartas, no había muchos nobles, muchos poderosos, ni muchos sabios entre los destinatarios (cf. 1 Cor 1, 26). Sin embargo, el origen judío del que proviene, le permite repensar la libertad desde la raíz. La libertad no es libre albedrío, ni mucho menos surge de la reivindicación de los derechos civiles de los seres humanos, sino que es esclavitud para el Señor. La misma concepción de la libertad pertenece a la predicación original de Jesús: “No podéis ser esclavos de dos Señores” (Lc 16,13). Por lo tanto, por el destinatario de la esclavitud se puede medir la propia libertad: si es el Señor Jesucristo u otros señores; si es la hermana o el hermano en la fe o uno mismo.

El horizonte eclesial es el contexto natural donde, más que en ningún otro lugar, se encarna la propia llamada a la libertad: una libertad que testimonia la fraternidad en la fe entre los creyentes. El vuelco de tan decisivo valor humano es revolucionario ya que Pablo es capaz de evangelizar la libertad en el ambiente grecorromano al que se dirige. Cuánta revolución contiene la breve carta a Filemón, el amo de Onésimo. En una de sus cartas a Lucilio, Séneca, se detiene como Pablo, en la condición de los esclavos en el mundo antiguo con un párrafo que destila humanidad: “Son esclavos. Sí, pero son seres humanos. Son esclavos. Sí, pero compañeros bajo un mismo techo. Son esclavos. Sí, pero también humildes amigos. Son esclavos. Sí, pero comparten contigo la esclavitud si consideras que la Fortuna ejerce iguales derechos sobre ambas categorías sobre ti y sobre ellos” (*Cartas a Lucilio* 47,1).

El estoicismo replantea la esclavitud por la condición humana que asemeja esclavos y libres, ¡no más! ¡El esclavo sigue siendo esclavo y el ciudadano sigue siendo libre! Al contrario, con su breve carta, Pablo enfoca su atención en el amor fraterno en Cristo: “Pues tal vez fue alejado de ti por algún tiempo, precisamente para que lo recuperaras para siempre, y no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido, que, siéndolo mucho para mí, ¡cuánto más lo será para ti, no sólo como amo, sino también en el Señor!” (Flm 15-16). En la humanidad y en el Señor, el amo Filemón y el esclavo Onésimo son hermanos amados. La filiación divina dada en

Cristo se reconoce por la fraternidad que los creyentes comparten por la única fe. En última instancia, la libertad del cristiano deriva de la igualdad o de la identidad de las personas que son una en Cristo por la fe (Gal 3,28).

La parresía es la expresión más tangible de la libertad. En sus últimas lecciones en el *Collège de France*, Michel Foucault dejó invaluable aporte sobre la parresía entendida como reflejo de la igualdad y de la libertad. La parresía no debe confundirse con la jactancia, la arrogancia y el descaro, ni tampoco simplemente con la franqueza que exalta la verdad a expensas del amor. Más bien, la parresía es la valentía de decir todo a quien se puede decir todo a causa de compartir la misma fe y un único amor: “Por lo cual, aunque tengo en Cristo bastante libertad (parresía) para mandarte lo que conviene, prefiero más bien rogarte en nombre de la caridad” (Flm 8-9). En el pequeño libro *Cómo distinguir al adulator del amigo* (que recomiendo a los presentes), recuerda Plutarco: “De modo similar, inevitablemente, el adulator, cuando se disfraza con todos los requisitos distintivos como amigo, deja de lado la *parresía*, – como si fuera una parte elegida del equipamiento de la amistad, “grave, grande, sólida” (*Moralia* 59B). La parresía es el requisito indispensable del amigo, mientras que el adulator es incapaz de parresía. Sin amor por el otro, la parresía causa más daño que bien para uno mismo y para los demás.

La relación del catequeta con el catecúmeno requiere la “comunidad de la palabra en todo bien” (Gal 6, 6), la parresía necesaria para compartir la libertad de la filiación divina. Filón Alejandrino elige a Abraham como modelo de parresía por su relación con Dios y compone una oración sublime sobre la parresía: «Pero Tú para mí, oh Amo, eres la patria, la familia, la casa paterna; Tu eres mi honor, mi parresía, mi gran, gloriosa, insaciable riqueza» (*Quis rerum divinarum heres* 27). La parresía no se puede traducir con una sola palabra: parresía es parresía, ¡el signo más visible de la libertad en Cristo!

Conclusión

El retrato de Pablo en los Hechos de los Apóstoles es original: es elegido como testigo ejemplar para la misión hasta los confines del mundo. Sin embargo, Lucas cierra el libro de los Hechos con una de las notas dominantes del pensamiento de Pablo: proclamar el reino de Dios y enseñar acerca del Señor Jesucristo, con parresía, sin impedimentos (Hch 28,31). Antes de ser un derecho o una conquista, la libertad del cristiano es un don absoluto que le es dado por la redención realizada por Cristo. Por eso, nadie puede privarle de este don, a menos que sea él mismo quien no lo custodie a causa de intereses y compromisos que arriesguen asfixiar su libertad.

Es notable el contraste entre la libertad en el ambiente filosófico popular antiguo y lo que Pablo enfatizó en los orígenes del cristianismo. Para Epícteto, “libre es el que vive como quiere, al que no se le puede obligar, ni impedir, ni forzar; aquel cuyos impulsos están libres de trabas, cuyos deseos se cumplen, cuyas aversiones no caen en lo que quieren evitar” (*Dissertationes* 4,1,1). Al ideal cínico-estoico para el cual es libre quien puede disponer de sí mismo, Pablo contrapone la concepción kerigmática o evangélica de la libertad. Antes de ser una instancia ética, la libertad del creyente es una condición realizada por Cristo, por medio del Espíritu, para los que son en Él. El criterio último de la libertad no es uno mismo, sino la relación donde la libertad y la esclavitud van juntas por el ser en Cristo. Finalmente, pero no menos importante, ¡la libertad es compartir! Siempre que Pablo habla de libertad, nunca la declina con el yo, sino siempre con el nosotros eclesial de los que han sido llamados a la libertad.

La libertad como esclavitud en la relación con Cristo y en la Iglesia es uno de los mayores desafíos que pesa sobre los hombros de la catequesis (y no sólo). Varada en la resaca de la arbitrariedad y el populismo, la libertad del creyente exige ser reubicada en el centro del evangelio y en la esencia del cristianismo. El diálogo ecuménico contemporáneo favorece el replanteamiento de algunas fases dolorosas de la historia del cristianismo. Si no hemos dudado en señalar que, más allá de la *sola fide*, lo más importante es la fe que obra en el amor (Gal 5, 6), merece ser mencionada una de las paradojas más atrevidas e incisivas sobre la libertad del cristiano: “Un cristiano es un señor libre sobre todas las cosas y no está sujeto a nadie. Un cristiano es servidor dispuesto en todo y sujeto a todos (Martín Lutero, *Libertad del cristiano*)”.